

Usted no es usted. Usted es un ente constituido por el poder mediático¹

José Pablo Feinmann

Volviendo: el padre —al por qué del hijo— le responde «porque sí» porque no tiene ninguna respuesta para lo que esencialmente subyace en la pregunta del hijo. Lo único que puede responderle es lo que le respondieron a él. Porque él también —alguna vez— preguntó por qué y seguramente obtuvo la misma respuesta: porque sí. Pero hay otra devolución que se suele dar a la pregunta de un infante desbocado que se atreve a preguntar la causa de algo que le imponen. La pueden dar la madre o el padre. Y es formidable: porque yo te lo digo. Poderosa mentira. «¿Yo te lo digo?». Un padre que le dice a su hijo «no te pongas los dedos en la nariz o, más abierta y realmente, no te comas los mocos», ¿cree que le está diciendo algo que él dice? ¿Cree que esa opinión, que esa decisión, que ese estilo de educación le pertenecen? Añares de educación represiva hablan a través de su boca hablada. Otro tipo de padre podría decirle: ¿te gustan tus mocos? El infante dirá que sí. El padre puede decir: «Comételes. A tu edad yo también me los comía. Y hasta de más grande. Mirá, te voy a contar un chiste». Y le contará un muy viejo chiste: alguien —sentado junto a otro en un bus— lo ve restregarse constantemente tres dedos de su mano derecha: el medio, el índice y el pulgar. Pensando que es un tic nervioso, algo que el otro no puede controlar, le pregunta:

—¿Por qué hace eso? ¿Qué placer le encuentra?

—Hágalo usted.

El tipo lo hace. Niega con su cabeza. Dice:

—No le veo la gracia.

—Porque le falta el moquito.

El padre —al recordar qué hacía él a escondidas de sus represores cuando tenía la edad de su hijo— se le une, se vuelve su cómplice, recuerda su infancia, tal vez recuerde el placer que eso le causaba y la sensación de rebeldía, de libertad, hasta de identidad que conseguía al hacerlo. Pero este padre es alguien que no ha dejado atrás su infancia. Que no supone que crecer es ser serio, cumplir con las reglas establecidas de urbanidad, con los buenos modales y todas esas porquerías que llevan al acatamiento de las peores leyes. No ha sido aplanado por el sentido

¹ FEINMANN, JOSÉ PABLO (2013). *Filosofía del poder mediático*. Buenos Aires, Planeta. *Cap. Usted no es usted. Usted es un ente constituido por el poder mediático*. (Pág 131-133)

común. Ha salido del «término medio». No es «uno más». Él es él. El «uno» es siempre «uno más». En el párrafo 27 de Ser y Tiempo, Heidegger analiza muy bien esta modalidad del Dasein. El «uno» (o sea: el «uno más», el ser-ahí del «término medio») vive «bajo el señorío de los otros». Éste es un gran señalamiento de Heidegger. Observemos que la existencia y (salgamos del lenguaje heideggeriano) toda nuestra vida tiene esta decisiva opción: o uno es libre o vive «bajo el señorío de los otros». La publicidad (de la que sólo aparentemente hemos hablado poco) es vivir bajo el señorío de los otros. Uso lo que hay que usar, me limpio los dientes con lo que hay que limpiarse, leo lo que hay que leer, creo en lo que dice el diario que compro todos los días, en las palabras abundantes y arrasadoras que me arroja el periodista que me habla cuando regreso del trabajo en esos programas que se llaman De vuelta o Volviendo a casa y mil cosas más que iremos viendo. Usted no es usted. Usted es un ente constituido por el poder mediático. Todo está dispuesto y armado para entregarle una *weltanschauung* desde que llega al mundo² El mundo que lo espera y lo recibe es el mundo del Poder, que le dirá su lenguaje desde su primer aliento. Así, el hombre existe «bajo el señorío de los otros» (escribe Heidegger). No es él mismo, los otros le han arrebatado el ser. El arbitrio de los otros dispone de las cotidianas posibilidades de ser del «ser-ahí»³. Así las cosas, se impone una uniformidad en la que nadie es él mismo. Todos son «uno». Cada «uno» es «uno» para el «otro». Cuando ese agrarista argentino dijo: «A mí, mi maestra de Historia me enseñó que la patria la hicieron el Ejército, la Iglesia y el campo», dijo una gran verdad. Mencionó la estructura férrea de una educación «para todos». La «educación» está armada, construida por el Poder. Toda visión alternativa es subversión. Todos se acostumbran a aceptar una visión de la historia en la que han sido educados. Todos los esfuerzos del Poder son los de aplanar la libertad.

² Esa larga palabra alemana quiere decir: concepción del mundo. Los filósofos franceses estructuralistas y post han empezado a eliminarla por «la carga de subjetividad que tiene». Por eso mismo la usamos nosotros. Pero ellos son enemigos del sujeto. Quieren sacarlo de la problematicidad de la filosofía. Son hijos de Heidegger. Los aterroriza la sombra de Marx y el compromiso de Sartre: salir de la academia hacia la calle. A nosotros no. Por el contrario, sostenemos que el Poder cree más que nadie en el sujeto y su poder crítico. Por eso quiere colonizarlo y destruirlo. Pocas cosas hay más incómodas para el Poder que el sujeto crítico. Foucault no lo vio nunca. Muy tarde, demasiado. Y de los otros ni hablemos. Todos profesores de la academia norteamericana y de las aulas de teoría crítica. No de la sociedad. De la literatura. Pero la libertad del hombre se empeñará en luchar por sí misma. No por la libertad de la literatura. En todo caso, se alimentarán mutuamente. El sujeto libre encuentra su libertad expresándose literariamente (y no sólo así), pero la literatura, la verdadera, la grande, sólo puede ser creada por la libertad del sujeto, aunque esa libertad sea un resto minúsculo, el último bastión de un condenado a muerte en un campo de exterminio.

³ Martin Heidegger, ob. cit., p. 143.